

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 16 (1989)
Heft: 3

Artikel: La carrera y las reflexiones de una política suiza : una ginebrina en Berna
Autor: Bauer-Lagier, Monique
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-909366>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 01.04.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>



las comisiones, etcétera?

J.S.: En ese punto prefiero, por el momento, dar prueba de prudencia. Al principio deberíamos tratar de llegar a una mejor representación de las mujeres sin que eso sea obligatorio.

Pero si, en el curso de los cinco o diez próximos años, las cosas continúan tan lentamente como hasta ahora, habrá entonces que encarar seriamente lo de fijar cupos por ley.

PS: Tal como Usted ya lo destacó, la desigualdad de los salarios del hombre y la mujer por un trabajo igual constituye una discriminación particularmente llamativa y chocante. ¿Es qué el Parlamento no debería en ese caso hacer acto de autoridad?

La presidente

Judith Stamm, que desde principio de año es presidente de la Comisión Federal para las cuestiones femeninas, es Consejera Nacional lucernense desde 1983 y miembro del partido demócrata cristiano (PDC). De 1971 a 1984 ocupó un escaño en el Gran Consejo del cantón de Lucerna. Nacida en 1934, Judith Stamm pasó su juventud en Zurich, donde terminó sus estudios de derecho con un doctorado. Durante varios años trabajó en la Policía cantonal de Lucerna siendo la primera mujer de Suiza nombrada oficial de policía. Actualmente es juez de menores.



A trabajo igual, salario no siempre igual. (Montaje fotográfico: Lisa Schäublin)

J.S.: Hoy día estimo que el principio constitucional de la igualdad de salarios debería ser concretado por una ley de aplicación.

Los tribunales encuentran manifiestamente dificultades cuando se trata de interpretar esta disposición constitucional que es en sí misma aplicable directamente, lo que no es efectivamente fácil. Precisamente por esta razón es necesario que el Parlamento la reglamente con una

ley que defina lo que significa «trabajo igual».

Hay particularmente que introducir un derecho de recurso para las asociaciones y los sindicatos, ya que una mujer sola no se anima a llevar a su empleador a la justicia.

PS: Le agradecemos, señora Consejera Nacional, el habernos concedido esta entrevista.

Reportaje por Jürg Müller

La carrera y las reflexiones de una política suiza

Una ginebrina en Berna



Resumir en algunas líneas catorce años de vida parlamentaria, mi elección-sorpresa al Gran Consejo de Ginebra en 1973, dos años más tarde la del Consejo Nacional, las dos legislaturas en el Consejo de los Estados donde, durante ocho años, representé a la República y Cantón de Ginebra, parece un imposible. Yo diría que mi carrera política fue tardía, rápida, apasionante y decepcionante a la vez, con sus sombras y sus fulgores, al igual que cualquier empresa humana.

Tenía cincuenta años cuando, por primera vez, acepté figurar en la lista del partido liberal, el mismo que muchos de mis antepasados habían representado en el Consejo Municipal de Onex.

Mis tres hijas ya adultas, casi no me necesitaban y mi marido, médico, acaparado por su profesión, me alentaba. Mujer privilegiada, consideraba justo poner mi experiencia y mi tiempo al servicio de la colectividad. La cosa pública me interesaba, estaba dispuesta a asumir nuevas responsabilidades y ya formaba parte de varias comisiones oficiales.

Desde mi elección me dediqué con entusiasmo. Haciendo política no tenía nada que perder ni nada que ganar: esta certidumbre, agregada a la voluntad de conciliar mi política con mi ética —obedeciendo antes que a los términos de orden partidario a los imperativos de mi conciencia— me aseguraron una total independencia de espíritu lo que me valió, además de algunas enemistades, innumerables estímulos.

Fuí minoritaria en todos los planos: como mujer —17 diputadas sobre 244 parlamentarios en 1975—, como suiza francesa —apenas un quinto de la población suiza—, como representante de un pequeño partido no gubernamental y, finalmente, en el plano de las ideas.

Además de las intervenciones sobre la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, sobre la cuestión de recibir obreros extranjeros y refugiados, sobre la objeción de conciencia, consagré lo esencial de mi prédica a la protección del medio ambiente, al conflicto Este-Oeste y a la acumulación de medios de destrucción en masa de la brecha Norte-Sur que se va profundizando.

Desde el principio de los años setenta había en efecto tomado conciencia de las grandes amenazas que en este fin del segundo milenio pesan sobre la especie humana y me comprometí, tanto en asociaciones privadas como en el plan político, a favor de las economías de energía y del recurso a las energías renovables, contra Creys-Malville y lo nuclear tanto civil como militar, que no podrían estar disociados. Bregué también por una política de buenos oficios más activa, más dinámica de Suiza en pro de la paz, por una distribución más equitativa de los recursos de este planeta entre países industrializados y países en desarrollo.

Frente a un medio político más ocupado en manejar lo cotidiano que en inquietarse por el porvenir —salvo algunas raras excepciones— atendiendo con prioridad los criterios económicos a corto plazo y ampliamente adherido a las esferas de negocios que generosamente distribuyen los consejos de administración, aquellos que se preocupan ante todo del interés general y del estado del mundo que dejaremos a nuestros hijos, pueden llegar a tener la impresión de estar predicando en el desierto.

Por mi parte, estoy convencida que no hay nada de eso si considero el compromiso de esos hombres, esas mujeres, esos jóvenes cada vez más numerosos, esos científicos, mismo de las Iglesias que, en ocasión del reciente encuentro ecuménico europeo de Basilea, decidieron aunar sus esfuerzos para preservar —el tiempo apremia— la vida amenazada.

¡Sepamos también reconocer los signos de esperanza!

Monique Bauer-Lagier